

# Carta de Argentina

## Memoria de Leopoldo Marechal

*Horacio Salas*

Conocí a Leopoldo Marechal a comienzos de los años sesenta. Entonces yo formaba parte del consejo de dirección de la revista *Barrilete* y algún integrante del grupo propuso hacerle una entrevista para incluirlo en una nueva sección: «Escritores olvidados». No faltó quien asegurara que Marechal debía haber muerto, porque hacía años que nadie hablaba de él y tampoco se lo nombraba en ningún suplemento literario ni en las revistas culturales. Finalmente se impuso el sencillo método de buscar su nombre en la guía telefónica. «¿Y si nos dicen que murió, qué hacemos?», deslizó el más temeroso. Por la guía descubrimos que un Leopoldo Marechal vivía en la avenida Rivadavia 2341. Ya no había dudas. Llamamos, nos atendió él mismo y arreglamos para visitarlo esa semana.

Contrariamente a la mayoría de sus colegas, desde la aparición en la vida política argentina de Juan Domingo Perón a partir del 17 de octubre de 1945, Marechal se había entusiasmado con el sesgo popular del flamante movimiento. Y aunque desde 1951 no ostentó cargo político alguno (por el contrario, algún burócrata del régimen lo jubiló de su cargo de Director de Enseñanza Artística del Ministerio de Educación, donde había trabajado por más de treinta años desde sus tiempos de maestro primario) los intelectuales argentinos, en general antiperonistas, no lo perdonaron. Y a partir del golpe militar de 1955, decidieron silenciarlo.

Quizá por ello, nos recibió esa tarde con una mezcla de sorpresa y curiosidad, sentado detrás de un escritorio enmarcado por una biblioteca no muy alta, donde se veían algunos diccionarios y los tomos de la *Summa Theológica*; en mi memoria creo descubrir una cabeza del dueño de casa modelada por Fioravanti, uno de los nombres mayores de la escultura argentina, un conjunto de pipas muy trajinadas, un bote de tabaco holandés, una colección de mariposas en su caja –marco de madera, y sobre la pared, presidiendo el salón, un crucifijo de regulares proporciones. Como en sueños, veo algunas telas de autores prestigiosos, pero las imágenes ya se han desdibujado.

Marechal era algo menos que de mediana estatura y se peinaba –como otros colegas de su generación– con el pelo hacia atrás, sin raya y aplasta-

do con gomina, y todavía le quedaban algunos vestigios rubios. Nos preguntó los motivos de nuestro interés por verlo, pero tanto él como Elbia, su mujer (la poeta Elbia Rosbaco, rebautizada *Elbiamor* por la poesía marechaliana) se mostraron alegres por nuestra presencia; nosotros, autores poco más que veintiañeros, seguramente debemos haber resultado tímidos, aunque orgullosos de la modesta publicación que editábamos con el esfuerzo habitual de cualquier emprendimiento joven, y habremos pronunciado preguntas obvias. La verdad es que casi no conocíamos su obra: muchos comenzamos a leerlo a partir de ese día. En mi caso, aunque los ejemplares de tapas celestes de la primera edición de *Adán Buenosayres* amarilleaban arrumbados en los estantes de las librerías porteñas, sólo había leído una antología –bastante incompleta– de su poesía, publicada por la Colección Austral. Cuando se publicó el reportaje, algunos lectores pensaron que se trataba de una entrevista imaginaria, al uso de las que algunos años antes había publicado el diario *La Nación* con apócrifos interrogatorios a escritores muertos. El silencio en torno a Marechal justificaba la generalización de este criterio.

Durante dos o tres años lo vi unas pocas veces o recibí sólo alguna noticia suya, hasta que nos encontramos en la casa de un amigo común y a partir de entonces comencé a frecuentar su casa muy seguido. «Los miércoles, los amigos no tienen necesidad de anunciarse» me explicó Elbia. Y casi semanalmente, ahí estuve.

Hay una frase de Borges utilizada por él en el prólogo a una antología de Macedonio Fernández, que siento se me aplica a la perfección: «En el decurso de una vida ya larga he conversado con personas famosas; ninguna me impresionó como él o siquiera de modo análogo. Trataba de ocultar, no de exhibir, su inteligencia extraordinaria; hablaba como al margen del diálogo y, sin embargo, era su centro». Hago mía la definición para evocar mi amistad con Leopoldo, las charlas que a lo largo de algunos años sostuve (o de las que tímidamente participé, sería más preciso decir) esos innumerables miércoles, en los que al caer la tarde acostumbraba arrimarme a su departamento ubicado en el límite entre los barrios de Congreso y Once.

Y vuelvo a otra referencia de Borges (prometo que la última en estas páginas) esta vez para recordar cómo en el discurso pronunciado el día del entierro de Macedonio, supo transmitir su sensación con respecto al maestro: «Yo sentía: Macedonio es la metafísica, es la literatura». Ese era también mi sentimiento con respecto a Leopoldo: él abrió para mí la puerta de los autores clásicos, y lo hizo en medio de charlas sobre los temas más triviales, a veces con un chiste, otras con una evocación de sus tiempos docentes o de sus días como integrante de la generación de la revista *Mar-*

*tín Fierro* y de la polémica Boedo - Florida («Que en realidad fue casi un invento publicitario, para probar que los argentinos también podíamos tener una vanguardia como en Europa», sostuvo más de una vez). En todos los casos, sus referencias se deslizaban con humildad, como si el interlocutor hubiera acumulado su misma erudición que trataba de suavizar con frases como: «¿Te acordás cuando Anacreonte dijo tal o cual cosa?», actualizando siempre la anécdota, refiriéndola a sucesos cotidianos que incluían desde la televisión hasta el fútbol; nunca faltaba la incursión en alguno de los hechos políticos que nos sacudían durante aquellos tiempos que coincidieron con la dictadura del general Juan Carlos Onganía.

Me llevaba casi cuarenta años; sin embargo, siempre lo sentí un contemporáneo. No se hacía el joven, ni posaba de joven: lo era. Compartía las preocupaciones de mi generación y estaba al tanto de todo lo que publicábamos, nos leía, no transversalmente como en general hacemos los autores maduros con los nuevos, sino en profundidad. Recuerdo haber hablado con él de los poemas de Juan Gelman, de Miguel Ángel Bustos, de Roberto Santoro, de los cuentos de Fernando Sánchez Sorondo, de *La traición de Rita Hayworth*, primera novela de Manuel Puig, sobre la que yo había escrito una elogiosa nota periodística; una semana después, Leopoldo me comentó el libro con observaciones y detalles que mi lectura había pasado totalmente por alto. Descubrimientos que lo fueron también para Manuel cuando se los conté, y que él recibió entusiasmado.

Marechal hablaba de sus sentimientos agustinianos, como si el santo pudiera aparecer en cualquier momento a compartir nuestro café. Siempre sentí que su frecuentación de los grandes nombres de la literatura le permitía tutearse con ellos y que esa era —de paso— su manera de que algunos muchachos de mi generación (al menos yo, por cierto) les perdiéramos el miedo. Hablaba al mismo tiempo de Heráclito o de la tertulia de Macedonio Fernández, al que consideraba uno de sus maestros; contaba sus desafíos con Raúl González Tuñón como bailarines de tango en los salones del famosísimo y lujoso cabaret *Ta-ba-ris*, al que solían concurrir en la década del veinte invitados por la generosidad de Ricardo Güiraldes. Leopoldo, pícaro, aseguraba casi en secreto: «Yo bailaba mejor». (En un diálogo posterior, Raúl me afirmó exactamente lo contrario, lo que me permitió saber que la tenida debió haber sido como para sacar chispas al piso):

Y ahora una confesión: transité cuidadosamente la *Eneida*, subrayando párrafos y enumerando personajes, porque temí que en medio de una charla Marechal advirtiera que no la había leído: me parecía que al menos Virgilio, que él mencionaba como a un amigo fraterno, no podía estar entre mis variados desconocimientos.

Como parece obvio, esta nota está lejos del análisis crítico; parece lógico, porque al decir de los juristas, me comprenden las generales de la ley; evoco en cambio al personaje, con sus facciones de gnomo travieso, al que no puedo recordar sin una pipa tipo Bent en la boca, más que fumando: chupeteándola, quizá porque siempre guardó en su modo de ser algo infantil, que junto con su permanente humor le permitió sobrellevar los años de silencio a los que fue sometido por el *establishment* de la política cultural nativa a causa de la intolerancia ideológica que ha sido una de las características salientes de la vida argentina, al menos hasta el retorno de la democracia en 1983.

Mientras escribo esta nota, miro a mi alrededor y a mi derecha, sobre un estante de la biblioteca, veo una fotografía de Leopoldo Marechal junto a Arturo Cambours Ocampo, el erudito y poco recordado ensayista argentino, en la playa de Necochea en ocasión de la Fiesta de las Letras. Era la época en que la mayoría de los grandes escritores argentinos se reunían una vez al año en aquel balneario atlántico para discutir los problemas de la literatura hispanoamericana. Recuerdo que les propuse tomarles una instantánea juntos (admiraba –y admiro– a ambos y quería guardar el recuerdo de esos días); Leopoldo no pudo con el genio y respondió: «Pero bajo palio»; alzó por sobre sus cabezas una silla de playa, y así han quedado detenidos en el tiempo. Me gusta esa fotografía porque muestra a Marechal tal como era, con su permanente sentido del humor, ese que los jóvenes de su época denominaban *cachada* porteña, que daba un clima de burla amable al tono de la conversación.

Ese humor se transformó en una forma de ser que le permitió sobrellevar años de silencio, de olvido, de ostracismo, cuando no de comentarios demolidores como el que le dedicó Eduardo González Lanuza desde las páginas de la revista *Sur*, con motivo de la aparición de su novela *Adán Buenosayres* en 1948, suponiendo que la crítica a un intelectual simpatizante del peronismo, implicaba –de paso– un ataque, por elevación –y disimulado– al propio régimen. La nota, que ingresó en la historia de la intolerancia, al aparecer en la revista dirigida por Victoria Ocampo, era también la manera de señalar la postura de la totalidad del grupo frente a un autor que se había atrevido a colocarse a contrapelo de la unanimidad de la oposición intelectual.

El brulote de González Lanuza anotaba en el número 189 de *Sur* correspondiente a noviembre de 1948: «Imaginad, si podéis, el *Ulises* escrito por el padre Coloma y abundantemente salpimentado de estiércol, y tendréis una idea bastante adecuada del libro», y agregaba: «Desafiando todos los posibles rigores del lápiz rojo –primero, de los asesores literario de las

casas; después, de los encargados de velar por la moral y las buenas costumbres—, afrontó y resolvió denodadamente el problema de juntar en su libro, y salvar para la posteridad, al gracejo disperso en las rupestres inscripciones de los W.C. de las estaciones ferroviarias y de los colegios secundarios, normales y especiales». Como puede advertirse, lo que se estaba solicitando era además pura y simple censura.

Tampoco perdonaban a Marechal su culto por la ironía y el chiste, su tono coloquial y desprejuiciado. Que terminara su *Adán* con la famosa descripción: Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chanco. Más duro que garrón de vizcacha. Mañanero como petizo de lavandera. Solemne como pedo de inglés. Sólo Julio Cortázar y Héctor Murena rompieron la unanimidad silenciosa o demoledora. Cortázar, que heredaría el gusto por la ironía y el *gag* de corte surrealista, en un recordado artículo aparecido en el número 14, (marzo-abril de 1949) de la revista *Realidad*, elogia justamente el humor de *Adán Buenosayres*: «Vuelve —dice— a la línea caudalosa de Mansilla y Payró, al relato incesantemente sobrevolado por la presencia zumbona de lo literario puro, que es juego y ajuste e ironía. No hay humor sin inteligencia, y el predominio de la sentimentalidad sobre aquélla se advierte en los novelistas en proporción inversa al humor de sus libros; esta feliz herencia de los ensayistas del siglo XVIII, que salta a la novela por vía de Inglaterra, da un tono narrativo que Marechal ha escogido y aplicado con pleno acierto en los momentos en que hacía falta. (...) Tal como lo veo —continúa— *Adán Buenosayres* constituye un momento importante para nuestras desconcertadas letras. Para Marechal quizá sea un arribo y una suma; a los más jóvenes toca ver si actúa como fuerza viva, como enérgico empujón hacia lo de veras nuestro. Estoy entre los que creen esto último, y se obligan a no desconocerlo».

Cuando casi veinte años más tarde pude encontrarme con ese artículo sentí que Cortázar, a quien mi generación consideraba una suerte de hermano mayor, no se había equivocado. Me gustaba estar de acuerdo con los dos. Leopoldo creía que las cosas más serias podían decirse con una sonrisa, y así pudo hacer metafísica mientras sus personajes deambulaban por las calles de Buenos Aires, escuchaban tangos, asistían a una pelea de box o simplemente reían, como reía él con sus amigos. «Una carcajada puede ser el arranque de una metafísica» escribió en su *Cuaderno de Navegación*. Y aseguraba que creía «en el valor medicinal de la literatura. Incluso en el sentido en que proponía Rabelais (otra de sus lógicas admiraciones) cuan-